El cavildo, justicia y reximiento de la ciudad de Cartago, provincia de Costarrica, certificamos que la firma de quien ban autorisados estos auttos es de Don Fernando de Salazar, alcalde hordinario mas antiguo de esta dicha ciudad, y a sus autos y escriptos se les da entera fe y credito en juicio y fuera dél, y lo firmamos en la ciudad de Cartago, en beynte y tres dias del mes de abril de mil y seis sientos y sesenta y tres años= Don José de Guebara y Sandoval= hay una rúbrica= Thomas Calbo= hay una rúbrica=

Las quales dichas partidas suman y montan diez y ocho mil tresientos y dos pesos y quatro Reales= 18.302 ps. = 4 Rs.

Antonio Valle Riestra y Albarracín

Un héroe costarricense nacido en el Perú

(Ensayo Biográfico)

Por el Alférez de Fragata F. Romero, A. P. (1)

El título de este ensayo no es arbitrario. Para nosotros, Antonio Valle Riestra Albarracín, no obstante haber nacido en Arica y proceder de familia peruana, es un héroe costarricense.

La Patria no es el lugar en donde el Destino quiso que viéramos la luz primera. Es, más bien, el pedazo de tierra—pobre o rico, alegre o triste, hermoso o no—donde aprendimos a sentirnos hombres; donde luchamos, con o sin provecho, para vencer un porvenir; donde experimentamos la dulzura del triunfo o el amargor de la derrota; donde amamos y procuramos prolongar nuestra existencia en otras vidas. Es el lugar por el cual morimos alegremente y que, si estamos lejos, llevamos en el corazón en forma de saudades.

La Patria es la voz que canta, reza o llora en el gran resonante que es el corazón humano.

Continuamente vemos discutir la nacionalidad de tal o cual grande hombre. Los pueblos—quienes rieron de las locuras geniales mientras el sabio, se llame éste Colón, Cervantes, Vinci o Galileo, vivió—se quieren arrebatar uno a otro la cuna de los taumaturgos. Y doctos personajes extraen de los viejos anaqueles de las polvorientas bibliotecas enormes folios, pergaminos apolillados, que dicen con certeza, según ellos, del nacimiento del santo, el héroe o el sabio.

Es el último egoísmo y la postrer vanidad humana: arrebatarse la memoria de los muertos.

De estos grandes hombres, el origen de dos, sobre todo, ha dado lugar a sabias discusiones y largas polémicas. Me refiero a Cristóbal Colón y Napoleón Bonaparte.

---

(1) De la *Revista de Marina del Perú*, Año XIII, Nº 3, mayo y junio de 1928.

España e Italia y Francia e Italia, respectivamente, se disputan la paternidad del gran albatros y la gran águila. Ninguno de los tres países ceja en su empeño de apoderarse solo de la memoria de estos conquistadores del mar y la tierra. Pero ¿merece la pena tan reñida lucha? Nosotros no lo creemos puesto que Colón y Bonaparte, sean o no español y francés de origen, respectivamente, lo fueron de hecho.

En efecto, si Colón nació en Génova (descubrió la América para glorificar la patria de Remo?) Incuestionablemente no. Humano, al fin y al cabo, no podía abrigar deseos de servir a un país en donde tantas dificultades se presentaron para la magna empresa. Triunfante y de regreso a España, el navegante se postra a los pies de quien había empeñado las joyas de su corona para cubrir los gastos de la expedición y a ella y a Fernando "El Católico" ofrece su triunfo.

Napoleón Bonaparte nació en Córcega. Pero ¿fué con las tropas italianas que paseó su enorme genio táctico desde la Península Ibérica hasta las estepas rusas y los desiertos africanos? No, por cierto. Fué Francia la que fortaleció las alas del águila para su majestuoso vuelo y fué por esa nación por quien el corso llegó a morir en el ostracismo de una isla solitaria.

Cristóbal Colón es tan español, como francés Napoleón Bonaparte.

Antonio Valle Riestra muestra en su vida un caso análogo. Nacido en el Perú, pero llegado niño a Costa Rica, aprendió a amar la tierra donde almas buenas le dispensaron bondadosa acogida. Y cuando esa tierra necesitó la sangre de sus hijos, Valle Riestra vertió la suya con la de ellos.

Más tarde, cuando los años adormecieron las turbulencias juveniles, cuando el cuerpo se sintió deseoso de reposo y el alma pedía para sí afectos puros, fué en Costa Rica donde buscó la compañera de su vida; fué en Costa Rica donde hizo vida ciudadana y en donde los años agotaron sus energías. Y si no tuvo la suerte de morir en el suelo que había adoptado como patria, porque azares políticos lo alejaron, sus restos descansan hoy en él. Manos piadosas lo llevaron allá, quizás, si cumpliendo voluntad postrera.

Este ensayo biográfico de la vida de tan ilustre ciudadano, es el homenaje de un peruano para Costa Rica, en la persona de su héroe, Don Antonio Valle Riestra.

La familia

Corría el año 1775 y gobernaba el Virreynato del Perú don Manuel de Amat, a nombre de Carlos III de España, cuando llegaron a estas tierras de Indias los primeros del Valle, destinados a formar una familia *criolla,* que había de dar al Perú hijos preclaros.

Los del Valle eran de rancio abolengo y sus títulos de nobleza databan, según el Padre Maestro Francisco Lozano ("De la nobleza general de España", Tomo 4, folio 313) de la época de las guerras de don Alonso II "El Casto", quien dió como título al caballero godo Don Fernando el *del Valle,* en recuerdo y recompensa de una denodada batalla sostenida y ganada por don Fernando contra los moros, en un hermoso valle. El escudo de armas que el rey concedió al caballero era partido, llevando en el primer cuartel un campo gules rojo y cinco torres

de oro—puestas: dos, una y dos—y en el segundo cuartel un león. Los castillos representaban las tierras que don Fernando había defendido y colocados en el escudo simbolizaban la fidelidad del caballero con su rey; así como el león proclamaba su bravura en el combate. Años más tarde el escudo sufrió una modificación, pues don Sancho del Valle pidió y obtuvo de su rey permiso para partir la derecha horizontalmente, colocando, en plata, un sauce verde y pasante a su tronco un lebrel blanco y negro, en recuerdo de un encuentro que el caballero tuviera con un moro al que logró vencer sin ser atacado por el lebrel de éste. El lema permaneció inalterable: "Mi sangre se derramó por las Castillas", en letras de sable negras.

Los del Valle llegados al Perú fueron dos: don Alonso González del Valle, marqués de Campoameno, y don Antonio María del Valle, hijos ambos de don Francisco del Valle y Beltrande, Coronel del Regimiento de Lisboa, y de doña Teresa Seijas y Lara. Estos, padres también del Excelentísimo don José del Valle y Seijas, Coronel del Regimiento de Navarra, Brigadier de los Reales Ejércitos desde 1773, Mariscal de Campo en 1779, Teniente General, Caballero y Pensión de la Real Orden Española de Carlos III.

De los dos hermanos llegados al Perú, nos interesa particularmente don Antonio María, por ser el tronco de la familia Valle Riestra, a la que perteneció el héroe del que queremos ensayar una biografía. Sigamos a Mendiburu en su diccionario biográfico:

"DON ANTONIO MARIA DEL VALLE.—Natural de Málaga, hermano del anterior (ha hablado antes del marqués), con quien vino al Perú en 1775, siendo Teniente de los Ejércitos del Rey.

"Había servido desde 1773, en que principió su carrera de cadete, en el Regimiento de Navarra y con este cuerpo estuvo de guarnición en Orán.

"En Noviembre de 1780 pasó a Chiloé, destinado a la instrucción de las milicias y de Ayudante de la Fuerza Veterana.

"Con motivo de la guerra con Inglaterra, y como se esperase una invasión al archipiélago, se acuartelaron dichas milicias en el puerto y plaza de San Carlos.

"En Enero de 1880 salió del Callao con cien hombres del Regimiento Real de Lima, del que era Capitán, en la expedición que dirigió a las islas Galápagos, llevando a su cargo el parque y útiles necesarios para la defensa, en el caso de verificarse el desembarque que se proyectaba.

"El 18 de Marzo de 1811, siendo Sargento Mayor, fué nombrado por el Virrey Don Fernando de Abascal para suceder al Coronel Don Manuel Arredondo en el mando de las tropas existentes en Guayaquil, las que debían emplearse en la pacificación de Quito. Se hizo cargo de ellas, mejoró su disciplina y evitó con su vigilancia y celo, una revolución que debió estallar allí el 13 de Junio.

"Consecutivamente salió a campaña y operó sobre la provincia de Cuenca por disposición del Presidente Jefe de la Escuadra.

"Fué Don Joaquín Molina quien lo nombró segundo jefe del ejército formado para resistir a los de Quito. Estos tuvieron una ventaja sobre los realistas el 14 de Junio de 1812 y trataron de tomar Cuenca por un camino distinto de aquel que guardaban las tropas del rey. Lo hubieran conseguido si el Coronel Valle

ARCHIVO NACIONAL San José, Costa Rica SECCION HISTORICA

Riestra no maniobra de modo de darles frente atacando a su vez, el 25 de dicho mes, el campo enemigo situado frente a Verdeloma. Con su ataque obtuvo que el enemigo abandonara el campo en la noche, dejando en él una bandera, 17 piezas de artillería, municiones y equipaje.

"Después de la victoria anterior, se le encomendó el mando de la 3ª División de las fuerzas del Rey, reunidas en el pueblo de San Andrés, a órdenes del Teniente General Don Toribio Montes.

"A cargo de esta división tomó parte en encuentros de consideración, tales como el ataque al pueblo fortificado de Moche, el de Tacunga y el de Quito y por fin, el 7 de Noviembre de 1812, tomó parte activa en el ataque y captura del cerro de Panecillo, en que fueron destruídos los rebeldes, perdiendo su artillería y pertrechos.

"Promovido a Coronel efectivo fué restituída la capital del Virreynato—Lima—y nombrado por el Virrey Abascal Gobernador de la Provincia de la Paz. Cuando hacía su viaje a esa ciudad, y estando en Arequipa, tomó parte en el combate que para defender esa ciudad se dió en Apacheta el 10 de Noviembre, batalla en la que quedó vencedor don Mateo Pumacahua, general del ejército revolucionario en el Cuzco contra el poder español. El Coronel Valle, que había mandado la artillería en Apacheta, cayó prisionero de los rebeldes.

"Conducido al Cuzco, debió ser pasado por las armas el 29 de Enero de 1815, en compañía del Mariscal de Campo Don Francisco Picoaga y del Teniente Coronel Don José Gabriel Moscoso, Intendente de Arequipa. Salvó su vida por una circunstancia tan rara como imprevista.

"El Padre Lesama, Comendador de la Orden de la Merced y pariente de los principales caudillos criollos, había sido encargado por éstos de suministrar los últimos auxilios espirituales al general Picoaga, por la vida del cual se había propuesto interceder el confesor.

"Cuando el padre Lesama fué, poco antes de la hora fijada para la ejecución al sitio en que los presos se encontraban, equivocado de calabozo, entró al ocupado por el Coronel Valle Seijas. Aunque reconoció su error, el sacerdote no quiso enmendarlo pensando tal vez en una intervención divina. Quedóse pues allí y se contrajo a confesar y preparar al jefe realista para el duro trance que le esperaba. Apiadado de la condición del ilustre condenado, se propuso interceder por él ante los criollos y pidió al oficial revolucionario encargado de la ejecución del reo, que suspendiese ésta hasta que él hablara con el General Don José Angulo, quien presidía el gobierno revolucionario. Entre tanto, varios tiros que sonaron cercanos, hicieron conocer al Coronel del Valle que sus compañeros habían dejado de existir.

"El Padre Lesama acudió a Angulo y pidió la vida del preso. Angulo se resistió a los ruegos de su relacionado, quien logró apoderarse de las llaves de las esposas con que Valle estaba aprisionado. Con celeridad regresó al calabozo, encontrando que los soldados se disponían a disparar sobre el Coronel Valle, pues el oficial que los comandaba juzgaba haber esperado demasiado tiempo ya el religioso. Merced a la presentación de la llave quedó en libertad el Coronel quien permaneció oculto en el convento de la Merced hasta que el General Juan Ramírez, después de vencer a Pumacahua en Umachiri, ocupó el Cuzco con las tropas reales.

"Valle continuó sus servicios como Mayor del Regimiento Real de Lima— que después se llamó Infante Don Carlos—. Fué condecorado en 1817 con la Cruz y placa de San Hermenegildo en atención a que contaba con más de cuarenta años de honrosos servicios y falleció en Noviembre de 1820".

Como se ve por lo que precede, el Coronel Valle Seijas fué un distinguido hombre de armas. Caballeroso, valiente y enérgico, era un digno heredero de las glorias de los del Valle que lucharon con los moros.

No tan sólo por esta línea de familia iba a sentir el héroe del "11 de Abril" el amor a la guerra. También la esposa del Coronel, Doña Isabel García de la Riestra y Zanier, era hija de soldados ya que su padre fué Don Pedro García de la Riestra—último corregidor de Huamanga—, natural de Asturias, quien se dedicó a la carrera de las armas haciéndolo en forma distinguida. En el tiempo que tratamos, Don Pedro García de la Riestra era el Teniente Coronel de los Reales Ejércitos de España y el Virrey del Perú—Don José Fernando de Abascal—había sido subalterno suyo y por cierto que recordaba a menudo la severidad de su antiguo Capitán y lo provechoso que le habían sido sus enseñanzas.

El Coronel Valle Seijas, de su matrimonio con Doña Isabel García de la Riestra, tuvo varios hijos y todos siguieron carreras de armas, distinguiéndose, ya en las luchas por la independencia del Perú, o ya en su vida republicana. Fueron hijos del Coronel Valle Seijas los siguientes: Francisco, Juana, Domingo, Ramón, Antonio, Manuel, Alejandro, José y Miguel del Valle y García de la Riestra, quienes, con el advenimiento de la república, simplificaron su apellido firmando simplemente Valle Riestra.

Francisco del Valle y García de la Riestra fué Teniente Coronel del ejército español, Ministro de Guerra de la República y General de sus Ejércitos, grado con que murió, fusilado de orden del General Felipe Santiago Salaverry, en los fosos del Castillo de la Independencia, en las primeras horas de la madrugada del 1º de Abril de 1835.

El General Valle Riestra era el hombre de confianza y Ministro de Guerra del General Orbegozo cuando éste ocupaba la Presidencia de la República. Al insurreccionarse el General Salaverry, Valle Riestra fué enviado a combatirlo, y rebeladas contra él las fuerzas que comandaba, fué entregado al joven General, siendo pasado por las armas. Un episodio de estos años dará a conocer a los lectores el temple de las mujeres de esa época.

Poco tiempo después del fusilamiento del General Valle Riestra, y estando sus hermanos menores muy pequeños, estalló una contra-revolución sofocadora de la del General Salaverry. La señora Riestra del Valle, madre del malogrado General, deseando castigar a los matadores de su hijo, ordenó a Ramón y Miguel Valle Riestra que se alistasen en las filas revolucionarias, para cuyo efecto puso en manos de ellos—el mayor no contaba 13 años—dos rifles, diciéndoles: "Vengar la sangre de su hermano".

Ante esta resolución, casi insensata, muchos relacionados de la familia aconsejaron a la señora que desistiera de su empeño, pero ella se manifestó inexorable. Y sus dos hijos se batieron contra las fuerzas del General Salaverry.

Tal era el temple de las mujeres de entonces, heroínas incógnitas que acompañaban a sus maridos y amantes en las múltiples molestias y sufrimientos que experimentaban en su azarosa vida ese tipo criollo, ya perdido, que fué el *montonero*. Estas mujeres amamantaron a los Grau, los Bolognesi, los Carreón, los Zela, los Pumacahua. Sus hijas, años más tarde, el nefasto 1879 y siguientes— portaban fusiles bajo las faldas para aprovisionar al ejército que comandaba en los Andes el viejo puma; formaban las rabonas de las tropas peruanas en campaña; encallecían sus manos cosiendo la burda chaqueta del soldado. Y cuando la Patria necesitó dinero, arrancaron los collares de sus gargantes, desprendieron los zarcillos de sus orejas y hasta cortaron sus cabellos para que todo se convirtiera en cañones que defendieran al Perú de la bota del invasor.

Militar también como Francisco lo fué José—muerto en la batalla de Ayacucho y Miguel, quien murió con el grado de Coronel del Ejército Peruano el año 1911, en la ciudad de Lima, después de casi 75 años de activos servicios, durante los cuales tomó parte en todos los hechos de armas de la época y desempeñó, con honradez acrisolada, importantes cargos públicos.

Juana del Valle y García de la Riestra, casó con Lord Jorge Martín Guise, noble inglés descendiente de los Guisa de Francia, llegado el año 1818 a combatir por la libertad de Sur-América, organizador de la Marina de Guerra del Perú—de la que fué Vice-Almirante—y muerto heroicamente el 23 de Noviembre de 1828 en el asalto a las fortalezas de Guayaquil.

La sangre de los Guisa y los Valle Riestra, dió al Perú más tarde uno de sus mejores hijos: el intrépido aviador Jorge Chávez, muerto en su vuelo heroico a través de los Alpes. Jorge Chávez Dartnell era tataranieto de Juana del Valle y García de la Riestra y Jorge Martín Guise.

Domingo Valle Riestra, hermano de los anteriores, comenzó la carrera de las armas en el Ejército Real, en el que llegó al grado de Capitán. Pronunciada la Independencia del Perú por el General San Martín, sirvió en la Armada Nacional, a órdenes de Guise, con el que asistió al sitio de Guayaquil, en donde como antes dijimos, el noble inglés hallara la muerte.

Don Domingo Valle Riestra, que alcanzó el grado de Vice-Almirante, fué el primer embajador que envió el Perú a España a raíz de los sucesos del año 1866.

Dió la vuelta al mundo en la fragata de guerra "Amazonas" y murió, a la edad de 80 años, en 1876, dejando de su matrimonio con Doña Virginia La Torre, varios hijos, de los cuales Felipe murió en la batalla de San Juan y Domingo Segundo actuó valerosamente en la campaña del monitor "Huáscar" en la Guerra del Pacífico.

Antonio y Ramón Valle Riestra sirvieron en la Armada Peruana, llegando ambos a alcanzar los galones de Capitanes de Navío. El último de ellos trajo al Perú el primer buque a vapor que tuvo la Escuadra Peruana. Hijo del matrimonio de éste con Doña Manuela Corbacho fué el ilustre músico peruano Don José Valle Riestra Corbacho.

Manuel Valle Riestra, hermano también de los anteriores y de Alejandro, de quien trataremos luego, fué oficial del Ejército Real y sirviendo en las filas de éste combatió en Ayacucho, última y decisiva victoria de las armas patrióticas.

Alejandro, que había actuado en el pronunciamiento de Tacna, sirvió en la Armada a órdenes de Guise, con el cual asistió a la toma de Guayaquil, recibiendo en sus brazos el cuerpo de su bravo cuñado cuando cayó herido de muerte sobre la cubierta de su buque.

Pasado el ardor bélico de aquella época, Alejandro Valle Riestra se radicó en Arica y contrajo matrimonio con Doña Dominga Albarracín, de noble y buena casa, de la que se destacan varios hijos muriendo heroicamente en las campañas de la Guerra del Pacífico.

El héroe cuya vida vamos a seguir fué el fruto de esta unión, la que no alcanzó la felicidad completa por la prematura muerte de la señora Dominga Albarracín, acaecida cuando nuestro héroe era un niño.

Después de la muerte de su esposa, Alejandro Valle Riestra pasó a España y Antonio, su hijo, permaneció en el Perú hasta que, siendo un joven ya, decidió marchar a Europa en un buque de guerra francés, con el doble fin de reunirse a su padre y dedicarse a la marina. En el trascurso del trabajo veremos cómo se cumplieron los deseos de Antonio Valle Riestra.

El medio ambiente.—Los hombres

Los primeros pasos de las repúblicas hispano-americanas fueron deplorables. Acostumbrados a dejarse gobernar, no tomando parte en los regímenes administrativos y gozando la molicie de las costumbres virreynales, cuando nuestros abuelos pretendieron caminar solos, no lo supieron hacer. Y vino una época de pasiones, de caudillaje criollo, en la que no se luchaba por ideales políticos sino en torno de los hombres.

De esta niñez descuidada, de este andar vacilante, de los continuos tropezones de estas pequeñas repúblicas, resultaron cojeras morales, raquitismo de ideales, desarrollo estancado, anemia, debilidad, pobreza.

Tal el cuerpo de un hombre enfermo al que se han aplicado reactivos poderosos: agonizábamos de resultas de la droga libertadora.

La lepra revolucionaria atacó Centro América, como a casi todas las nuevas repúblicas americanas. Concretémonos a tratar los mediados del siglo pasado.

A fines de 1849 gobernaba los destinos de Costa Rica Don Juan Rafael Mora, quien, conforme a la Constitución del país, se había encargado del Poder Ejecutivo como Vicepresidente que era de la República, debido a la renuncia del General José María Castro, quien desinteresadamente dejaba la silla presidencial en vista de la oposición que hacían a su gobierno ciertos elementos del país, oposición manifestada abiertamente por las conspiraciones de Heredia y Alajuela.

Don Juan Rafael Mora no gozó de una beatífica paz en el desempeño de su cargo provisional; todo lo contrario, se le atacaba duramente, a tal punto que vióse precisado a renunciar también la Presidencia. No aceptada la renuncia por el Poder Legislativo, continuó su período provisional hasta Mayo de 1853, fecha en que, practicadas las elecciones, resultó favorecido por la voluntad de sus conciudadanos, empezando su período presidencial de seis años.

En Nicaragua la crisis política era más aguda. En 1854 se habían presentado dos candidatos a la Presidencia de la República: Don Francisco Castellón,

candidato leonense y Don Fruto Chamorro, granadino. Electo el segundo, pretendió, al término de su período, prolongar su gobierno de dos años por cuatro más y surgió la guerra civil, quedando Nicaragua en situación asaz dificultosa, ya que al mismo tiempo que Chamorro era Director Supremo reconocido por la Asamblea Constituyente, Castellón era Presidente de la República por decreto de la Municipalidad de León, que lo reconocía como tal y que, además, declaraba facciosos a los que sostuvieran a Chamorro.

Desencadenada la guerra civil se cometieron los mayores excesos por ambas partes, pero todo hubiera terminado por aniquilamiento si la intervención de Byron Cole y William Walker no hubiera hecho tomar a la lucha política un carácter internacional.

William Walker, ciudadano norteamericano, nacido en Nashville (Tennessee) el 8 de Mayo de 1824, fué una figura por demás interesante.

Graduado en la Universidad de su ciudad natal a los catorce años de edad, estudió leyes, se recibió de abogado y luego hizo estudios sobre medicina en Edimburgo y Heidelberg.

Hombre extremadamente ambicioso, dotado de una inteligencia clara, de una audacia extraordinaria y de un alma valerosa, no se contentó con los títulos profesionales que había adquirido y después de practicar y ejercer su carrera de médico en Philadelphia, ingresó en las filas periodísticas de New Orleans. Emigró a California en 1850; siguió allí sus trabajos diarísticos y volvió luego a su ciudad natal a ejercer abogacía.

Pero este género de vida no era para un hombre del dinamismo de Walker, y en 1853 da el primer paso formal hacia la realización de sus ambiciones. Walker batalla en las filas esclavistas de la Unión y deseoso de triunfo de su partido, concibe el atrevido proyecto de conquistar Baja California y el estado de Sonora para el partido esclavista.

Venciendo mil dificultades, con el valor y el tesón que lo acompañaron toda su vida, reúne una fuerza de aventureros y desembarca en territorio mexicano, proclamando, el 8 de Enero de 1854, república independiente a los dos Estados nombrados, de la cual, por supuesto, él era el Presidente.

Pero esta vez Walker no consigue triunfar. La miseria en que se hallaba y los ataques mexicanos lo obligan a abandonar la empresa y regresa a California donde reanuda sus trabajos en los diarios.

Ya por este tiempo el *Coronel Walker* era un tipo popular. El juicio que, a solicitud del Gobierno Mexicano, se le siguió por infringir las leyes internacionales, lo había hecho célebre. Los debates de la Corte fueron públicos y muy concurridos y el veredicto de absolución fué recibido jubilosamente en su país.

El fracaso de esta empresa no abatió a Walker, quien, unos meses después de su enjuiciamiento salía con 56 compañeros de aventuras hacia Nicaragua, aparentemente a colonizar regiones del Istmo, pero, en realidad, en auxilio de Castellón, quien se había entendido con Byron Cole—socio de Walker—respecto a ayuda extranjera para sostener su lucha contra Chamorro. La partida de la expedición de Walker tuvo lugar el 4 de Mayo de 1855.

Hombre culto, inteligente, audaz y experimentado por sus empresas anteriores, cuando Walker llegó a Nicaragua se dió cuenta exacta de la situación. Vió

la indecisión de Castellón, apreció la figura de Muñoz, justipreció la miseria reinante y se dijo que con tacto y el apoyo de su "Falange Americana", podría llegar a ser dueño de Centro América.

La historia de sus campañas de cinco años es interesantísima y hace sentir por este hombre, al mismo tiempo que desprecio, admiración. En su persona se abocan el soldado humanitario que respeta la vida de los enemigos enfermos y el impulsivo que ordena fusilar a un compañero de armas por un acto sin importancia; el fino y casi romántico cantor de la flora ecuatorial y el fariseo que invoca "la ayuda de Aquél sin cuya asistencia todos los esfuerzos humanos no son más que ligeros globulillos de un mar agitado y borrascoso" para llevar a feliz término la obra más oprobiosa: esclavizar un pueblo.

Este hombre, de tan complicada sicología, expresaba en sus memorias las hermosas ideas de moralidad social que siguen, mientras que atropellaba todo decoro internacional; "... Y los que hayan estudiado la legislación de California— no las imperceptibles leyes hijas de las pasiones de partido o del impuro interés, sino las que moralizan a la sociedad y forman sus hábitos—pueden expresar la capacidad y asiduo trabajo de Parker Crittenden..."

Sus proclamas son vibrantes. Sus memorias llenas de interés y colorido; exentas de toda jactancia. En todos sus escritos se halla siempre un sello de tristeza que también había en su rostro. Un retrato de la época nos lo muestra con una frente muy amplia, cabello ondulado, cara oval, facciones muy finas en general y, bajo unas cejas pobladas, ojos pequeños de un mirar profundo y casi triste.

William Walker creyó lograda su ambición el 20 de Mayo de 1856, fecha en que el Gobierno de Washington, que presidía Pierce, lo reconoció como Presidente de Nicaragua. Y se afirmó en su creencia cuando, el 3 de Junio, la Convención Nacional Democrática le expresaba sus simpatías por los esfuerzos que había hecho para regenerar a Nicaragua.

Su sueño hubiera sido cosa real si Don Juan Rafael Mora no da el grito de alerta a los centroamericanos y no combate denodadamente al esclavizador extranjero.

Largo sería narrar los episodios de la campaña, llena de heroísmos, de arrojo, de privaciones. Don Juan Rafael Mora, el General Cañas y los costarricenses todos dan pruebas de un espíritu de combate admirable en una nación de suyo pacífica.

Se lucha contra los ciegos nicaragüenses; contra los filibusteros; contra los diplomáticos; contra la peste y desgraciadamente, hasta contra los políticos antipatriotas. El cólera obliga a las huestes costarricenses a retirarse, se hace necesario pedir auxilio a las naciones suramericanas (2), y cuando Walker está gozando del triunfo, Mora renueva sus ataques, esta vez ayudado por las naciones centroamericanas que al fin se han dado cuenta del peligro.

William Walker no desfallece. Cuando la ambición se adentra en el alma de un espíritu valeroso es capaz de todo. (Ved si no a Napoleón Bonaparte). Lucha contra la peste, contra la naturaleza y contra los hombres.

---

(2) El Perú acude prontamente con gruesa suma de dinero. N. del A.

SECCION HISTORICA · San José, Costa Rica · ARCHIVO NACIONAL

Al fin cae. El 1º de Mayo de 1857, para evitar ser capturado por los nativos que le han derrotado, se entrega al Comandante Henry Davis, U. S. N., y regresa a E. E. U. U. Su llegada allí tiene los caracteres de una apoteosis; se le aclama, se le felicita por la brillante campaña. Walker pronuncia elocuentes discursos, hace una activa propaganda en pro de la conquista de Nicaragua y logra volver a ésta, en Noviembre de 1857, comandando la segunda expedición. En Punta Arenas es arrestado por el Comodoro Hiram Paulding, U. S. N., y obligado a regresar a E. E. U. U. como preso bajo su palabra de honor. En su país, el Presidente Buchanan lo exime de su compromiso de honor y el audaz aventurero prepara la tercera expedición con característica tenacidad sajona.

Es un hombre que no se doblega ante los malos golpes de la suerte. Está en pleno vigor—cuenta treinta y seis años de edad—y ha probado la comodidad de un sillón presidencial. Sobre todo, es un espíritu netamente inquieto.

No es de extrañar pues que luego de una serie de tentativas frustradas logre salir de Mobile, en Agosto de 1860, al mando de la tercera expedición y desembarque en Honduras.

En el río Aguán dió su última batalla, que fué su último triunfo. Cogido más tarde, por el Comandante Salmón, de la Real Armada Británica, fué entregado a las autoridades hondureñas.

Walker sabía la suerte que se le esperaba. En Centro América, durante la campaña filibustera, no se había dado cuartel y el jefe de la "Falange" comprendió que moriría fusilado. En efecto, el día 11 de Setiembre a las siete de la noche, se le hizo saber que iba a ser pasado por las armas.

Sus últimos momentos fueron un epílogo digno de su vida de valiente. No tuvo una palabra de ruego o pesar. Montúfar nos dice que lo único que deseó fué escribir.

A las ocho de la mañana del 12 de Setiembre fué conducido al patíbulo.

"Oyó algunos salmos que recitaba un sacerdote, marchó con firmeza, se colocó en el lugar del suplicio y recibió la muerte con extraordinaria impavidez". (Lorenzo Montúfar, "Walker en Centro América").

Nadie se atreverá a discutir el temple del alma de este original luchador. Para poder combatirlo y vencerlo era necesario guerrear por lo más caro que el hombre tiene: la religión, el hogar y la libertad. Costa Rica asombra combatiendo a los filibusteros. Es un fuerte baluarte de Centro América y su intervención en este asunto fué decisiva.

Al lado de los costarricenses luchaban también extranjeros. Uno de ellos, Antonio Valle Riestra, era un huérfano de padre y madre, nacido en Arica, Perú, el 31 de Octubre de 1836.

Soldado por herencia, habiendo pasado su niñez en la costa, donde entre la juventud dorada había verdadera pasión por la marina, y escuchando seguramente en las veladas hogareñas el relato de las hazañas de Cochrane y Guise,—este último su pariente político—y las aventuras de sus padres y sus tíos, que acompañaron al noble inglés en sus campañas, sintió cariño por el mar, ese "viejo borracho", artífice de mil bellezas y dispensador de mil sensaciones.

El padre había marchado a España hacía años y la ocasión para verlo y dedicarse a la carrera se presentó magnífica con el arribo al Perú de un buque de guerra francés. Admitido a bordo, salió en viaje en él y después de larga travesía arribó a Francia. Permaneció algún tiempo en este país, pasó luego a España en busca de su padre y muerto éste, ingresó en la marina mercante. Vasto y único campo de aprendizaje de los marinos de entonces, puesto que en el Perú no se había establecido convenientemente una academia de guerra.

Viajó mucho y con los viajes templó su carácter. Joven y solo en la vida, puso todo su empeño en ser hábil en el ramo a que se había dedicado. Trabajó rudamente.

Los gajes de su profesión modelaron su carácter: las largas navegaciones lejos de la costa, le enseñaron la paciencia; los fuertes temporales, la serenidad ante el peligro; las guardias, la responsabilidad ante el deber; y la soledad, el valor.

A principios de 1856, Antonio Valle Riestra pasó por el puerto del Pacífico de Costa Rica, Punta Arenas, y se relacionó con el General Cañas.

Era entonces Valle Riestra un mozo de 20 años, apuesto y garrido. De elevada estatura, muy rubio y de rasgos fisonómicos muy finos—casi femeninos—agradaba a cuantas personas conversaban con él (3). Sus modales distinguidos, una sólida cultura, adquirida en todas las tierras, y cierta desenvoltura criolla, hacían que impresionara favorablemente a quien lo trataba.

Don José María Cañas, un *hombre* en toda la extensión de la palabra, adivinó al otro hombre que había en aquel adolescente y le prestó su apoyo para que se quedara en Costa Rica. Le fué ofrecido un puesto en la Capitanía de Punta Arenas, Valle Riestra lo aceptó y se estableció allí, en la tierra por la que lucharía más tarde.

A partir de entonces no se apartó de esta nación sino cuando sucesos políticos hicieron que fuera deportado. Sólo volvió al Perú una vez en su vida. Fué el año 1871.

Ligado a Costa Rica por agradecimiento, procuró demostrarle su gratitud en cuantas circunstancias pudo. Y cuando ésta necesitó de él para hacerle la guerra al invasor ambicioso, Valle Riestra vertió su sangre por ella: luchó en la guerra contra los filibusteros.

Tales fueron estos dos extranjeros—Walker y Valle Riestra—que tuvieron figuración en la guerra de 1856, entre la pléyade de héroes centroamericanos. Recias contexturas morales las de ambos, pero ¡qué diferencia de ideales...!

El uno luchaba en pro de la esclavitud y para ella quería adueñarse de los pueblos. El otro combatía para conservar la santa libertad de una nación.

El uno es el valor sirviendo a la ambición; el otro, es el coraje al servicio de la virtud.

Walker podrá tener el gesto de un Napoleón Bonaparte; Valle Riestra no: es la ligera reminiscencia de un Guillermo Tell.

Si Kant analizara estos dos hombres en "Lo bello y lo sublime", quizás dijera que Walker es bello en su valor, pero Valle Riestra sublime en su desinterés.

---

(3) Valle Riestra era en realidad de mediana estatura y de cabellos negros. N. del D.

El héroe

Una gran agitación reinaba el día 11 de Noviembre (4) en el puerto de Punta Arenas.

Hombres de todas clases—marinos, militares, civiles—y aún mujeres, iban y venían de uno a otro lado, trasladando hacia la playa variados objetos que eran depositados en un bote. La época que se vivía y los artículos que se embarcaban —fusiles, municiones, víveres, vestuario—no dejaban lugar a duda: se trataba de una expedición de guerra contra el invasor.

En efecto. El material bélico era para el ejército del General Cañas, que combatía lejos a Walker, y el encargado de conducirlo Antonio Valle Riestra, Comandante del bergantín "Once de Abril".

El "Once de Abril", de una arrogante pequeñez, se mecía en las aguas del hermoso puerto en espera de su hora. Adquirido por el Gobierno de Costa Rica y armado con cuatro cañones de a 9, tenía como misión posterior a su viaje a San Juan del Sur, la de interrumpir las operaciones que Walker intentara realizar con el pailebot "Granada".

Con un ardor casi febril, hombres, mujeres y niños ayudaban al traslado de los materiales destinados a los que, allá lejos, se hacían matar defendiendo a la Patria.

El buque está listo. Suenan breves las órdenes del capitán, un joven todavía, de simpáticas facciones y el ancla es izada. Los hombres de mar dan las velas al viento, se hinchan éstas y el bergantín sale del puerto, despacio primero, más ligero luego...

Ciento veinticinco corazones se elevan silenciosamente a Dios. Ya no suenan las órdenes de los jefes y hay un silencio casi religioso. Todos los ojos están fijos en el puerto que se va quedando cada vez más lejos y en donde se agitan pañuelos y se escuchan vítores y llantos.

Es la triste escena de la partida de un buque a campaña.

En el bergantín pasan los días y la vida va siendo menos triste. Ahora los seres y las cosas dejados son un amable recuerdo y se vive el presente. El presente, que se llama el duro trabajo de a bordo y el deseo de combates y glorias.

El pabellón que luce en popa, con los colores de Costa Rica, representa incensantemente a la Patria que demanda el heroísmo de sus hijos. El nombre del bergantín, recuerdo de una página gloriosa de su historia, es un sostén para los que navegan a bordo. Las nobles figuras de Quirós, Corral, Alvarado y Valverde, parece que acompañan al buquecito, retemplando, con sus manos de héroes, el acero de sus cañones.

Y cada uno cumple con su deber, en espera de lo que llegará. La figura del Comandante es digna del buque y su tripulación. Experto, recto de acción, valeroso y siempre cumpliendo el primero su deber, da aliento e inspira confianza.

El viaje se hace duro. Los fuertes chubascos de la región descargan con frecuencia, ocasionando las consiguientes molestias. Sin embargo, a bordo del bergantín nadie se queja. Casi se diría que hay alegría entre los tripulantes. Una

(4) 11 de noviembre de 1856.

sana alegría: la que da el deber que se cumple y la convicción de estar trabajando en una misión noble.

. . . . . .

Llega el día 22 de Noviembre en el que, por cálculos de estima, se debía arribar a San Juan del Sur. Una brisa ligera sopla del N. E. Hay, en general, buen tiempo y el "Once de Abril" corre hacia el puerto.

Son las cuatro y media de la tarde cuando, desde el puente del bergantín, se avista un pailebot. Observado por el Comandante resulta ser el "Granada"—setenticinco toneladas de registro, dos carronadas de a 6,—al servicio del filibusterismo.

Desde que se reconoce al buque que sale de San Juan del Sur, se comienzan entusiastamente a bordo del "Once de Abril" los preparativos para la acción.

La tripulación acude a sus *puestos de combate* y espera, ansiosamente, el momento del encuentro. Un silencio profundo reina a bordo. De vez en cuando, la voz de Valle Riestra se deja escuchar dando una orden.

El último pensamiento de cada uno de esos valientes es de despedida para los seres por quienes se va a morir: la madre, los hijos, la amada.

A las cinco y cuarenticinco minutos de la tarde el "Once de Abril" iza al tope el pabellón de Costa Rica. El tricolor se despliega majestuosamente y todos aquellos hombres juran sacrificarse a su sombra.

La noche se avecina. Corre prisa por ambas partes y los dos buques marchan el uno hacia el otro. A las seis horas de la tarde están a 400 yardas y se rompe el fuego.

El combate es encarnizado. En el "Once de Abril" no se descansa y la lucha se hace alegremente, pues la victoria es segura. Los cañones dejan oír su ronca voz, destrozando los hombres y desgarrando los buques. El "Once de Abril' hace agua por todas partes.

Caen los sirvientes de las dotaciones de los cañones pero los puestos no quedan vacíos, otros miembros de la tripulación corren a ocuparlos, no obstante saber que correrán la misma suerte que sus predecesores.

Entre los quejidos de los heridos y los gritos alegres de los que gozan ya con la idea de una victoria, un hombre permanece impasible: Antonio Valle Riestra.

Recorre el buque de un lado a otro y da una orden sobre el fuego de los cañones a los artilleros; allá ordena al timonel cierta maniobra; se acerca a recoger los últimos encargos de un moribundo o bien levanta un herido. Todo en él es sereno, con la serenidad de su alma. Son las siete de la noche y el combate prosigue con denuedo. Hace una hora que se lucha y ya los filibusteros empiezan a dar muestras de agotamiento. Les faltan municiones.

En el "Once de Abril", no obstante las bajas, se continúa con el ardor febril del principio de la acción. De pronto un grito, mejor un alarido, se deja escuchar: "¡FUEGO A BORDO...!"

El momento es angustioso. Los que sepan lo que significa un incendio en un buque en viaje, apenas si pueden concebir los caracteres tan horribles que éste toma cuando se declara en un buque de guerra. Porque, además del peligro del fuego en sí, existe otro mayor: la explosión de las santabárbaras o depósitos de pólvora del buque.

ARCHIVO NACIONAL · San José, Costa Rica · SECCION HISTORICA

En el "Once de Abril" hay un momento de indecisión. Se piensa en la esterilidad de tantas vidas sacrificadas, de tanto tiempo de lucha. En muchas bocas está la blasfemia contra el Destino que burla así una victoria y la va a convertir en una muerte horrorosa...

Pero en el buque está un hombre que encarna la Serenidad: Antonio Valle Riestra no se ha turbado. En el silencio que ha sucedido al alarido anunciador de la terrible noticia se deja oír su voz clara y firme que da unas órdenes. Nombra a varios miembros de la dotación como encargados de dominar el fuego, que ha comenzado en proa y luego ordena continuar el combate.

Al lado de Valle Riestra está el Capellán del buque, presbítero Godoy. El Padre Godoy habla a la gente, les dice de la resignación ante las disposiciones divinas; de la esperanza de poder dominar el incendio y los decide a proseguir la lucha. Y él mismo, finalmente, toma un fusil y se acerca a los combatientes para ser uno de ellos.

No hay un momento más de vacilación. Se oye un entusiasta "¡Viva Costa Rica!" y aquel puñado de hombres continúa luchando contra el enemigo, mientras los compañeros combaten el mar y el fuego.

Trascurre una hora más y el bergantín ya no es un buque. Es un confuso hacinamiento de cadáveres, miembros humanos, armas, pólvora y mil objetos diversos arrancados por las balas de todas partes: vestidos, vajilla, trozos de hierro, palos.

El fuego ha avanzado entretanto vorazmente y Valle Riestra se da cuenta de que no hay remedio para su buque. Y, contraídas las bellas facciones, espera, mientras sigue disparando sobre el enemigo, que lo inevitable suceda.

Y al fin, en medio del negror de la noche, se eleva una llamarada enorme, se escucha una explosión y el "Once de Abril" rompe sus ligaduras con el proceloso océano y se eleva, en pedazos, hacia la inmortalidad. Va con él la tripulación que lo supo defender...

El ciudadano

Derrotado Walker por el General José Joaquín Mora, el 1º de Mayo de 1857, había terminado la campaña centroamericana contra los filibusteros.

Gobernaba a Costa Rica don Juan Rafael Mora quien, a causa de abrigar temores de un levantamiento contra su gobierno, no había podido salir a dirigir por sí la guerra contra Walker. Estabilizada la política interna se había presentado a Mora el asunto de límites con Nicaragua, para dirimir el cual fué a Costa Rica una comisión diplomática Nicaragüense presidida por el General Jerez. Costa Rica, a su vez, había nombrado al ilustre General José María Cañas como plenipotenciario. Esto ocurría a principios de 1858 y casi simultáneamente con la llegada de Valle Riestra a Punta Arenas, realizada en Febrero.

El héroe llegaba enfermo de Panamá y lograba volver gracias a la benevolencia de un peruano que le facilitó los medios para ello. Había perdido, para siempre, el uso de los dedos meñiques de ambas manos.

Una vez en Costa Rica, era lógico que se aproximara a los hombres que le habían ayudado, que habían depositado su confianza en él, dándole el mando del

"Once de Abril"; y pronto lo vemos laborando al lado del presidente Mora, o mejor dicho, de su protector, el General Cañas.

Arreglados los asuntos de límites a que aludimos antes, con un desinterés enorme por parte de Costa Rica, que cedía territorios en aras de la unión centroamericana; prosigue sin tropiezos mayores la administración del señor Mora, quien efectúa un segundo viaje a Nicaragua con deseos de arreglar ciertas negociaciones sobre el canal interoceánico.

A Antonio Valle Riestra le cabe el honor de acompañar al Presidente, en calidad de intérprete, y efectúa el viaje en la fragata de guerra francesa "Andromede", mandada por el Almirante Benard, quien admira y celebra al joven y modesto héroe.

Abandonado el proyecto del canal ideado por Tomás de Gamond, de acuerdo con Belly, sobre los datos del plan napoleónico, vuelve el Presidente Mora a Costa Rica y con él su intérprete.

Vienen luego los fatales días de Mora, el pronunciamiento de los Coroneles Salazar y Blanco y el triste epílogo de las vidas de dos hombres que lucharon denodadamente por el bien de Costa Rica. Me refiero al fusilamiento de don Juan Rafael Mora y el General José María Cañas, el 30 de Setiembre y 1º de Octubre, respectivamente, del año 1860.

Valle Riestra, con el enorme pesar de la pérdida de su amigo y protector, se retira de las actividades políticas y dedica sus energías de hombre batallador al comercio. Durante ocho años permanece labrándose un porvenir en la casa comercial alemana de Juan Knöhr, lo que le permite realizar un ideal quizás largo tiempo acariciado: su matrimonio con la señorita Cañas, hija del infortunado General.

Mejorada su situación económica merced a estos años de lucha en el comercio, pronto puede a su vez fundar una casa comercial en compañía de don Adolfo Knöhr, que fué la que luego trabajó el muelle de Punta Arenas y desembarcó los materiales para la construcción del ferrocarril central.

Estos años y los que siguieron después de su viaje al Perú—realizado en 1871—su liquidación de la sociedad de Knöhr y su establecimiento en un negocio que alcanzó gran prosperidad, son de completa paz y felicidad para el ciudadano Valle Riestra. Dedicado a las tareas del comercio, respetado de todos y con un hogar feliz, Valle Riestra debió saborear por primera vez en su vida el dulzor de la dicha.

Los que recuerdan su figura en estos tiempos, nos hablaron de un hombre de severo continente, siempre irreprochablemente vestido, el cual unía, a una seriedad muy varonil, una exquisitez de maneras que hacía pensar en sus cortesanos progenitores, los marqueses de la Corte española.

Este período de paz no duró para don Antonio Valle Riestra. Toma parte en una conspiración contra el Presidente Guardia y es desterrado en 1876. El lugar de su destierro es Guatemala.

Gobierna este último país el General Barrios, quien colma de atenciones a Valle Riestra y le hace promesas halagadoras si se establece allí. El no acepta y a fines de 1877 se traslada a Chiriquí (Colombia), con su familia, dedicándose al cultivo del café.

Pocos meses pudo ver el cielo colombiano. El día 7 de Abril de 1878 dejó de existir, lejos de su patria de nacimiento y su patria adoptiva, cuando todavía estaba en edad de luchar por el bienestar de la familia que había formado. Murió en suelo extraño y en la triste condición de desterrado.

Así vivió Antonio Valle Riestra y Albarracín, héroe costarricense nacido en el Perú. Han pasado 69 años de su estada en el mundo y Costa Rica, tierra noble, guarda celosamente su memoria.

Nosotros, los que hemos visitado ese país y sentimos el calor del hogar costarricense, hemos podido apreciar cómo se recuerda a Valle Riestra; los caballerosos hijos de esa tierra nos han hablado, con honda frase de gratitud, de su sacrificio y los ancianos han evocado su gallarda silueta de luchador intrépido.

Y a la evocación de su nombre y su figura, hemos sentido palpitar en nosotros el cariño de Valle Riestra por Costa Rica, y hemos pensado que es bello derramar su sangre por una nación que sabe ser agradecida, guardando con cariño los nombres de los que murieron por conservarle la vida.

La Independencia

I

Una gran sorpresa

Las ideas nuevas esparcidas por los grandes pensadores europeos del siglo XVIII, la independencia de las colonias británicas que se dieron el nombre de Estados Unidos de América y la Revolución francesa, despertaron anhelos de libertad en los hombres ilustrados del imperio americano descubierto, conquistado y colonizado por España; pero como éstos eran pocos y no les era posible divulgar sus doctrinas, habría pasado largo tiempo antes de que las aspiraciones de independencia de los pueblos indoespañoles hubiesen podido constituir un problema serio para la metrópoli. Un suceso extraordinario vino a plantearlo inopinadamente: las cesiones vergonzosas de Bayona en mayo de 1808.

Al deponer a los pies de Napoleón la corona que ciñeron Isabel la Católica y Carlos Quinto, los degenerados sucesores de estos grandes reyes asestaron un golpe de muerte al prestigio de la monarquía española en sus dominios americanos, desatando una tempestad que aun estaba lejana. Muchos de los criollos de la clase alta, que hasta aquel instante habían aspirado únicamente a una mayor participación en los empleos públicos y sobre todo a la libertad de comercio, sólo pensaron ya en conquistar la emancipación, o cuando menos la autonomía. Movidas por ellos se agitaron las clases populares en las ciudades y quince meses después de las renuncias de Bayona se dió el primer grito de independencia en